

Más allá de la identidad indígena

Clementina Battcock

 <http://orcid.org/0000-0002-9899-1214>

Instituto Nacional de Antropología e Historia, México
Dirección de Estudios Históricos
cbattcock@yahoo.com.ar

Paula López Caballero y Ariadna Acevedo-Rodrigo, *Más allá de la identidad indígena*. Ciudad de México, Grano de Sal/Universidad Nacional Autónoma de México, 2025.

La construcción de la nación es una línea de trabajo que en la diversidad de metodologías de las ciencias sociales y las humanidades ha tenido diferentes posturas, enfoques de abordaje e, incluso, una suerte de “dobleces” en torno a categorías y conceptos que anteriormente eran muy socorridas como referentes explicativos. Estos “dobleces” categóricos y conceptuales son hoy por hoy objeto de álgidas discusiones teóricas respecto de lo exponen epistémicamente respecto de la formación disciplinar y de sus comunidades científicas.

Nociones como las de “imaginario”, “comunidad”, “dinámica social” o “género” han sido atravesadas críticamente por múltiples miradas que han expuesto la sistematización de ideas que muchas veces se han aplicado *a priori* sobre una serie de fenómenos humanos que son disruptivos respecto de los modelos teóricos que les sostienen, muchas veces vinculados a los proyectos de nación fortalecidos por discursos institucionales de los Estados modernos. Una mirada analítica, aguda y



Esta obra está protegida bajo una Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial 4.0 Internacional

fresca en la era de enunciación relativista, ha conseguido sostener que, a lo interno de estas operaciones intelectuales, existe un proceso ideológico que esencializa determinadas palabras a partir de pocas discusiones críticas respecto de sus contenidos conceptuales o categóricos.

El trasfondo de esas indefiniciones, o de sus ausencias en donde sean objeto de debate académico, va acompañado de decisiones que operativizan una determinada manera de entender lo humano sin generar tensiones incómodas respecto de ejercicios de poder político que estructuran una especie de gobernanza y estabilidad discursiva en los componentes de una sociedad. En el caso mexicano, “indígena” es uno de estos vocablos esencializados respecto a una serie de problemáticas históricas, culturales y sociales contemporáneas, mismas que son integradas a lo largo de este libro coordinado por Paula López Caballero y Ariadna Acevedo-Rodrigo.

Desde la introducción, Paula y Ariadna arrancan con una fuerte y explícita afirmación: “Este libro se interroga sobre los esencialismos que se asocian a la identificación de una persona como indígena” (p. 9). En estos tiempos donde el lugar de confort y los guiones políticos que enuncian generalidades que no susciten demasiado ruido entre sus “correligionarios duros” (denominador común nombrado como “lo políticamente correcto”) este libro rompe con todo esto y más. Rompe con los prejuicios, desde el espacio que se construyan éstos; desentraña y denuncia la “ausencia” historiográfica sobre este gran problema, al que académicamente todos dicen entrarle y que, paradójicamente, no ha desplegado un diálogo plural y de comunicación social para abordarlo.

El título de la introducción a cargo de las coordinadoras no es una afirmación sino un interrogante, incómodo y constante: “*¿Por qué más allá de la identidad indígena y contra el esencialismo?*” De esta forma, en

esta entrada de manera ordenada y aguda formulan sus tesis y propuestas. Complementariamente, exponen las diferentes líneas teóricas metodológicas que han estado presentes en el problema y de esta manera, muy hábilmente, llevan al lector a explicar la estructura de la obra.

El volumen fue organizado en dos secciones. La primera de ellas titulada *Tierra y gobierno*, integrada por seis exquisitos y eruditos capítulos, en los cuales claramente se evidencia el éxito y pericia de conjugar teoría y praxis; las interacciones e intervenciones de los sendos archivos consultados por sus autores, permiten al atento lector observar las "otras" propuestas e inspiradoras lecturas en torno al "actuar del indio" o las "prácticas indígenas". Veo desde la propuesta de Kourí, Guardino, Ducey, Acevedo-Rodrigo, Rockwell y Torres Mazuera líneas de estudio frescas, con agudos argumentos que permiten o reflejan los errores/confusiones/generalizaciones/enquistamientos que se han plasmado durante décadas en la historiografía y que dichos autores proponen revisar, cada uno desde su propia especialidad y su propio tono, esos esencialismos que el Estado novohispano, decimonónico y moderno construyó sobre lo indígena. Si esta primera parte es arrolladora y desequilibrante, la segunda no se queda atrás. Claramente la apuesta se redobla, en la sección denominada *Ciencia*. Sin embargo, me gustaría antes de continuar mis comentarios sobre los capítulos que la integran, referirme a los títulos que nominan ambas partes: como lo señalé anteriormente la primera sección fue titulada *Tierra y gobierno* y la segunda *Ciencia*. Esto no es al zar, como tampoco es fortuito el título del libro y los autores que participan en él. Considero que el camino que eligieron las coordinadoras al nominar desde el título y las secciones fue conscientemente posicionarse tanto teórica como metodológicamente. El acto de titular/nombrar no es casual, no es caprichoso, sino que responde,

consciente o inconscientemente, a la forma o estructura del pensamiento. Por ello, veo en estas decisiones una clara puesta o apuesta epistémica. Claridad conceptual que no se escuda en excusas retóricas para darle estructura al volumen.

Esta segunda sección hila desde diferentes perspectivas el proceso de toma de decisiones y de expresión política que la ciencia mexicana lanzó para “estabilizar” la categoría de indígena a partir de ordenar la alteridad del mundo social que le validaba. Así, por ejemplo, Paula revisa la trascendencia de la década de los años cuarenta en la conformación de esta visión de régimen político estatizado: la objetivación en lo indígena de una colectividad que legitima discursivamente la operación institucional de una burocracia cohesionada por y para esa “adscripción” indígena, sí, pero también de entramados sociales con los que esa burocracia debiese concentrar su atención para justificar y desplegar la presencia del Estado. Una objetivación que, permítanme la expresión, llega hasta los huesos, tal y como lo plantea Laura Cházaro en su disertación sobre una ciencia heredada del Porfiriato que, así como veía en la pelvis femenina indígena un ejemplo biologicista de lo degenerativo entre las razas humanas jerarquizadas de la época, de igual manera le enunciaban sus propiedades óseas “adaptativas” al difícil ambiente habitado por lo indígena (visión doble que, paradójicamente, menciona también Vivette García en la imprecisión de los estudios contemporáneos sobre el genoma amerindio: “valioso” pero “patológico”). Es decir, en esa caracterización de una pelvis femenina del siglo XIX como indígena, degenerativa pero adaptativa al mismo tiempo, se incluye de forma intertextual lo inhóspito, lo ajeno, y lo natural como ese obsesivo opuesto científico decimonónico frente a la instrucción civilizada higienista de las

de la burguesía occidentalizada, ocupada en museificar esas alteridades para validar su visión de “progreso social”.

Tal justificación discursiva sobre lo indígena como factor dado y esquivo del progreso occidental también es analizada por Diana Schwartz-Francisco en su análisis sobre la categorización indígena utilizada sobre la población desplazada por la construcción de la presa Miguel Alemán en el Papaloapan oaxaqueño. Una categorización discursiva instrumentalizada como decisión política, pues, como Schwartz-Francisco expone en el capítulo, los habitantes de aquella región más bien respondían a una dinámica migrante llegado de otros lugares de México o con relaciones sociales que los vinculaban hacia otras regiones del país, rompiendo esa enunciación fortuita sobre lo indígena como “aislado”, “arraigado” a la tierra y sin interacción hacia “lo externo”. Es decir, parafraseando a José Luis Escalona en su capítulo sobre Evan Vogt y la formación antropológica del concepto de *civilización maya*, con tal discursividad científica sobre lo indígena se “encapsuló” a la población por encima de un detenido estudio sobre las economías, las organizaciones sociales y las prácticas de esas sociedades, sino que se recurrió a la afirmación de lo indígena como una decisión tajante de alterizar a los grupos gobernados por el Estado. Pensando en el epílogo escrito por Paul Eiss, es esta discursividad de la ciencia de la modernidad mexicana la que afirma el carácter occidental del Estado y de sus gobernantes por encima de sus gobernados, autorizándose así a tomar decisiones por ellos, a ser lo que esas alteridades no son, a la vez que se les dicta quienes son, por lo que desestabilizar la categoría de indígena implica también ir mucho más allá de las definiciones producidas por occidente.

En suma, para concluir retomo dos preguntas más propuestas por Ariadna y Paula que, si bien conducen los intereses generales de los tópicos de este libro, definitivamente son indicativos de hacia dónde

Clementina Battcock

conducir el debate necesario respecto al uso de la categoría indígena como factor social, académico y político en nuestras sociedades: ¿qué hacen las personas más allá de lo que su caracterización bajo esta categoría induce a pensar? ¿Cuál es la historicidad de la categoría más allá de las personas que así son designadas? Cuestiones que, lejos de apostarle a más certezas paradigmáticas y monumentales como aquellas del siglo XX, nos abren un sendero donde la duda y las reinterpretaciones sobre las evidencias se vuelven elementos centrales en la reformulación de nuestras disciplinas para el siglo XXI. Una nueva visión que, atendiendo a los difíciles tiempos de negación de lo ético y lo argumentado desde nuestra realidad concreta habitada, se vuelve central para construir nuestros futuros.